

como la manifestación de un mismo fenómeno, más que como fenómenos independientes o idiosincráticos. Por esta razón, frecuentemente se ha sugerido que se deberían desarrollar programas de prevención centrados en los determinantes subyacentes a estas conductas.

En la actualidad existe un amplio consenso sobre la conveniencia de disponer de estrategias de prevención eficaces. Las limitaciones y los costes asociados a los programas de tratamiento de la drogadicción y de rehabilitación de delincuentes han generado un profundo interés por el diseño de modelos preventivos, que permitan controlar estas conductas en sus inicios, antes de que adquieran severidad y cronicidad en la vida del individuo.

Conducta problema y adolescencia

Las primeras implicaciones en el consumo de drogas tienen lugar durante la adolescencia. La necesidad de asentar la propia identidad ante la rapidez de los cambios físicos y psicológicos, y la búsqueda de autonomía e independencia frente al mundo adulto, estimulan en el/la adolescente la experimentación con un amplio rango de comportamientos entre los que se pueden encontrar conductas antinormativas, como el consumo de drogas o los comportamientos antisociales. Además, ciertos cambios cognitivos que se producen en la transición a la adolescencia dotan al individuo de un estilo de pensamiento (de tipo hipotético-deductivo), que es menos rígido y más relativista que el pensamiento infantil. El/la adolescente ya no se ciñe a los argumentos de los adultos sobre los daños relacionados con el consumo de drogas, ni se adhiere literalmente a las prescripciones adultas sobre “lo bueno” y “lo malo”. El individuo dispone ahora de la capacidad para evaluar críticamente las normas impuestas, detectar “fisuras” en los razonamientos de los adultos, generar sus propios contraargumentos y concebir vías alternativas de acción.

Por otra parte, el grupo de amigos/as va adquiriendo progresivamente más influencia como fuente de determinación de hábitos, actitudes, valores y modos de vida. Los cambios evolutivos invitan al adolescente a la búsqueda de compañeros/as con los que compartir experiencias y en los que encontrar seguridad y apoyo, de modo que el grupo de amigos/as se convierte en uno de los principales entornos de socialización. Precisamente, la influencia del grupo favorecerá, a menudo, la implicación en “conductas problema”, como una forma de alcanzar estatus y aceptación y de expresar los deseos de autonomía respecto al medio familiar.

Así pues, en el/la adolescente nos encontramos a un individuo deseoso de manifestar su independencia, sensible a las influencias del grupo de amigos/as y cognitivamente preparado para relativizar las normas y conocimientos transmitidos por los padres/madres. Todo ello “abona” el terreno para que pueda aparecer el consumo de drogas o alguna forma de comportamiento antisocial.

No obstante, también es cierto que no todos los/las adolescentes se implican de igual modo en comportamientos desviados. Para muchos, el contacto con estas formas de conducta es muy leve; para otros, sin embargo, se desencadena un proceso de involucración progresiva, que conduce al abuso y la dependencia y/o a estilos de vida antisociales. Por ello, se han desarrollado diferentes modelos teóricos y abundantes investigaciones que tratan de identificar cuáles son los “factores de riesgo”, que determinan la mayor o menor vulnerabilidad del/la adolescente hacia las conductas problemáticas.